



AÑO II

→ BARCELONA 15 DE OCTUBRE DE 1883 →

NÚM. 94

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MESSALINA, cuadro por Herman Kaulbach

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill. — NUESTROS GRABADOS. — LA DUENDE, por don José Ortega Munilla. — DESPUES DE MUERTO, por don Vicente Colorado. — ASOCIACION DE LAS IDEAS, por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS. — MESSALINA, cuadro por Herman Kaulbach. — PLACERES DEL CAMPO. — ALEGRILO ESTÁ. — CICERUACCHIO, grupo escultórico por Héctor Ximenes. — LA PERSECUCION, cuadro por A. Conadam. — Lámina suelta: EL GRAN CONDÉ LA VÍSPERA DE LA BATALLA DE ROCROY, cuadro por Bida.

REVISTA DE MADRID

La atmósfera patriótica. — El frío y las playas francesas. — *Todo Madrid* se halla en Madrid. — Banquete en honor de Colon. — Tierra y huevo. — La dimision del marqués de Urquijo. — Planes frustrados. — Los consejos y el concejo. — Los cementerios de Chamberí. — Razonamientos de un vecino. — Libros nuevos. — Los primores de Pedro A. de Alarcon. — El dibujante Cilla.

Merced al patriotismo de la atmósfera se hallan ya entre nosotros todas las familias que aún permanecían en las playas francesas. La temperatura se enfrió de una manera rápida é inesperada; el cielo se cubrió de nubes, y por la tierra se extendió un insoportable tapiz de barro.... Hasta llegó á nevar en algunos puntos.

En vista de esto se dijeron los españoles que todavía se hallaban en Francia:

— Llegó la hora de regresar á nuestra querida patria. Demos prueba de no permanecer indiferentes á los sentimientos nacionales. Vámonos á Madrid, y busquemos el calor de la patria en las *soirées* invernales, en las representaciones del teatro Real, en los conciertos y demás diversiones públicas, hasta el verano próximo, por lo menos....

Y hé ahí que todas las ilustraciones madrileñas, las damas de alto copete y de extraordinaria hermosura, los personajes políticos, las altas individualidades de la ciencia, de la banca y del comercio pululan ya por Madrid, fraguando planes para la temporada que de un modo brusco se nos ha venido encima.

Si; la entrada del frío ha sido intempestiva.... Se ha colado de rondon sin aviso previo. Llegó callandito, silencioso, caminando con las puntas de los pies, como la bailarina Limido, y esparciendo sobre nosotros, á boca de jarro, esta órden imperiosa:

— ¡Gabanos! caballeros, gabaneros, abrigarse bien si no quieren coger una pulmonía ó cuando menos un fuerte constipado que no se lo quiten de encima hasta abril del año que viene.

En honor de la verdad la mencionada órden ha sido obedecida. Ya parecen las calles de Madrid sucursales de Rusia.

Sólo se ven algunos infelices con levitilla de verano. Confiaban en la fuerza de la costumbre y en la inflexibilidad del almanaque; creían que aún había de durar quince ó veinte días la placidez de la atmósfera y la suavidad de la temperatura.

Se han visto de repente sorprendidos, á traicion, á mansalva, contra todos los principios beligerantes.

Y han dicho para sus adentros:

— ¡Es fuerte *empeño* el del invierno en manifestarse tan de sopetón, cuando nosotros tenemos aún la capa *empeñada*!

* *

El teatro *Real* abrirá pronto sus puertas; pero ántes de que se esparzan por aquella aristocrática sala las sublimes concepciones de los maestros del divino arte, las chillonas pinturas del techo presenciarán desde su altura un banquete monsrúo, fenomenal en honor de Cristóbal Colon.

Mucho se habla de esta reunion que ha de celebrarse en el teatro Real el día 12.

Los periódicos han publicado notables listas de personas adheridas á la idea del banquete. El *menú* dicen que lo va á servir Lhardy, el rey de nuestros reposteros; y se anuncian discursos de varios oradores elocuentes.

España y América se darán allí un efusivo abrazo y un cordial apretón de manos.

En este banquete no se dará la castaña á nadie; se dará la piña, la guayaba, y demás frutos coloniales. Será de rigor el rociarse con agua de Colonia.... Y á los postes, á manera de manjar emblemático, y ántes de que los ricos vegueros, de la Vuelta de Abajo produzcan espirales de aromática humareda, cada individuo recibirá un huevo sobre un plato.

La operacion que se habrá de hacer con él, se reducirá á lograr que se mantenga levantado sobre la punta.

Después podrán venir los discursos, encomiásticos, fervientes sobre Cristóbal Colon, en mi concepto, uno de los más egregios varones que la humanidad ha producido. Pero ántes de celebrar el triunfo del ilustre genovés sobre la incógnita Naturaleza, convendrá recordar sus luchas con la enconada envidia de los hombres.

El grito de ¡Tierra!... ¡tierra! es la victoria de Colon sobre el universo.

Mientras que el acto de plantar el huevo, de pié, es la victoria del ilustre navegante sobre la malignidad humana....

¡Y la mayor parte de las veces la lucha con los hombres es más terrible que la lucha con los desatados elementos de la Naturaleza!

* *

¡Dígallo, sino, el Marqués de Urquijo!
¿Qué le importaba al que fué ayer alcalde presidente del ayuntamiento de Madrid, ver las condiciones insalubres de esta capital y la aridez de sus alrededores? ¡Nada! Todo lo hubiera vencido su fuerte voluntad encaminada al bienestar del vecindario. Pero tuvo que luchar con los concejales, y cayó rendido.

Hace pocas mañanas que el vecindario de Madrid recibió al despertarse esta incomprendible noticia:

«El señor marqués de Urquijo ha salido de la capital para sus posesiones de Moraleda.»

Luégo se supo que había dimitido el cargo que tan acertadamente desempeñaba.

Suponed que una noche viéramos en el baile *Excelsior* á la luz huyendo precipitadamente... ¡Nos llenaríamos de asombro!

Pues lo mismo nos sucedió al ver que se marchaba el marqués de Urquijo.

No ha sido una dimision; ha sido una evasion.

El ilustre presidente del ayuntamiento huye de los concejales. ¿Por qué? No entra en mis atribuciones el ahondar semejante terreno.

Pero lo cierto es que el expresidente del ayuntamiento de Madrid se había granjeado con sus propósitos el aprecio público.

Es un acaudalado personaje, que sin duda se proponía dejar en Madrid gratisima memoria de su gestion administrativa; y aspiraba tal vez por único premio á tener en lo porvenir en alguna calle ó plaza de esta capital, como Pontejos y Mesonero Romanos, un busto ó una inscripcion que perpetuara su nombre.

Parece que han sido vanos todos sus esfuerzos. Sus planes reformistas han hallado oposicion formidable en gran parte de los miembros del municipio.

El señor Marqués ha dejado al partir los doce mil duros de su peculio particular que había prometido para hermohear con árboles la capital y sus alrededores.

Es un donativo que le honra y le enaltece.

Todo Madrid lamenta su dimision; y los periódicos de más importancia han publicado sendos artículos referentes á este delicado asunto.

Yo sospecho que el señor Marqués de Urquijo no querrá oír hablar en mucho tiempo de cuestiones concejales.

Sería capaz de no parar hasta los confines del mundo si supiese que alguien había de molestar sus oídos con razones que al ayuntamiento se refieran.... y el grave compromiso habrá sido para el alcalde de Moraleda si al saber la llegada del ilustre Marqués se ha presentado á cumplimentarle.

— ¡Basta!... ¡basta! — le habrá dicho. — Considéreme V. como un amigo; pero ¡por Dios! no enarbole V. delante de mí su vara de alcalde. Yo me propuse dar en Madrid cumplida satisfaccion á los buenos *consejos* del vecindario; pero no he podido aguantar el *concejo*.

* *

Hay en esta capital un populoso barrio que vive casi constantemente en íntimas relaciones con los muertos.

Es el barrio de Chamberí, rodeado de cementerios y molestado por los miasmas que despiden los depósitos de cadáveres.

Los habitantes de Chamberí no tienen el gusto de los antiguos, que celebraban banquetes en presencia de los restos de la familia.

Hoy han cambiado las cosas. Cuando uno se asoma á un balcon desea verlo todo, flores, árboles, carruajes y peatones transitando por la calle.... todo, menos gozar la perspectiva de los cementerios.

Esta cuestion será eterna. Los vecinos se quejan; hacen instancias, dictan protestas, publican comunicados... ¡Que si quieres! Los cadáveres permanecen junto á sus viviendas llenando sus pulmones de partículas mefíticas é insalubres.

Ayer me decía uno:

— Mi corazon es un cementerio. Desde jóven perdí mis ilusiones y levanté en honor suyo un magnífico mausoleo en el fondo de mi alma.... Después me hicieron traicion varios amigos y me engañaron algunas mujeres.... ¡Tuve que construir otra serie de tumbas dedicadas á la amistad y al cariño amoroso!... Creí en algunos gobernantes, y hoy los tengo en el corazon convertidos en pavesas. Me acogí á los ideales artísticos. Sucesivamente fui clásico, romántico, naturalista; y todas esas formas van cayendo en mi opinion cortadas por la segur del desencanto. Con las primeras canas levanté un monumento mortuorio á mi juventud.... Hoy, ni canas me quedan ya.... Hoy estoy calvo, pero con una calvicie parecida al mármol de mis tumbas.... De modo, amigo mio, que yo soy una necrópolis viviente; pero entierro dentro de mí los cadáveres que me pertenecen, las ilusiones, las dichas, los ensueños, las esperanzas, la juventud, el amor.... ¡Y no estoy dispuesto á vivir en compañía de los difuntos que los coches fúnebres llevan diariamente en gran abundancia á los cementerios municipales!

Los vecinos de Chamberí se quejan con muchísima razon. Por esto mismo quizá no se les atiende. Vivimos en la época de las *sinrazones*.

* *

Han aparecido en los escaparates de las librerías dos volúmenes nuevos.

Prescindiendo de la impresion de esos libros, que está

hecha con gran esmero, bastará decir el nombre de los autores para dar á comprender su importancia.

Uno de ellos se titula: *Historia de las ideas estéticas en España* y está firmado por D. Marcelino Menendez Pelayo.

El otro es de D. Pedro A. de Alarcon y lleva el título de *Juicios literarios y artísticos*.

El primoroso estilo del Sr. Alarcon es conocido de todas las personas que leen en España.

En este volúmen van contenidos varios trabajos de los tiempos juveniles del autor y otros de fecha más cercana. Pero en todo el libro brilla esa mágica forma, ese ropaje esplendoroso que constituyen la peculiaridad inimitable del autor de *El sombrero de tres picos*.

Tener un libro de Alarcon entre las manos y hojearle, es tener una sarta de perlas y entretenerse en ir las desgranando.

* *

Se hablaba en un círculo del dibujante Cilla.

— Dibuja bien, decía uno; pero ¡es lástima que se llame ese nombre!

— ¿Por qué?

— Porque á la menor desgracia que le suceda se expone á perder la personalidad masculina.

¿Cómo es eso?

— Sí; porque todo el mundo exclamará entónces: — ¡Pobre cilla!

PEDRO BOFILL

Madrid 10 octubre de 1883.

NUESTROS GRABADOS

MESSALINA, cuadro por Herman Kaulbach

Forma parte este retrato de aquella galería berlinesa de tipos bellos, de que la *Ilustracion artistica* ha publicado ántes de ahora varios ejemplares.

A simple vista se echa de ver que, á pesar del nombre que lleva el cuadro, su autor no se ha propuesto pintar escrupulosamente á la célebre emperatriz, escándalo de su tiempo. Pero si el aficionado trae á la memoria las escenas que tan triste fama dieron á la esposa del emperador Claudio, es indudable que Kaulbach ha reproducido tal como la imaginacion se la figura, á la mujer ambiciosa, disoluta, cruel, que tan odioso nombre ha dejado en la historia y que tan indigno partido sacó de la singular hermosura con que la favoreció la naturaleza. Pocas, muy pocas veces, un hermoso perfil ha reflejado tan gráfica y honestamente el imperio de las más desordenadas pasiones.

PLACERES DEL CAMPO

El campo es, para los niños criados en la ciudad, lo que el espacio para los pájaros nacidos en una jaula; la libertad en los movimientos, en el traje, en los inocentes placeres de la infancia, sin institutrices que gruñan, ni mamás que les castiguen por mancha más ó menos en su cara ó en sus vestidos. Preguntad á una niña como la de nuestro cuadro, si prefiere el campo á la ciudad, siquiera en esta habite un palacio, y os contestará afirmativamente con toda su alma.

Los padres, por su parte, gozan presenciando las expansiones de sus tiernos hijos y bendicen los saludables efectos del aire puro y del resinoso ambiente de los bosques, que coloran las mejillas y dilatan los pulmones de los delicados seres condenados á vivir en malsanas ciudades.

El campo se ha hecho para los que aman la libertad sinceramente: por esto apénas es querido sino de los niños.

ALEGRILLO ESTÁ

Tiene la cerveza pícaras jugadas y entre ellas la de su birse algunas veces al quinto piso de sus bebedores. Algo de esto le ocurre á ese parroquiano de la modesta cervecería que representa nuestro grabado.

Como cuadro de costumbres, esta obra pudiera estar firmada por el mismo Teniers, á quien recuerda y de quien no desdice. Todos los tipos son acabados, las actitudes naturalísimas, la combinacion de grupos hecha con facilidad suma, el local y los accesorios ejecutados con perfecto conocimiento de causa. La figura del bebedor chispa es de una verdad sorprendente.

En una palabra; de este cuadro podríamos decir que tiene olor, color y sabor.

CICERUACCHIO,

grupo escultórico por Héctor Ximenes

Este grupo es la apoteosis de dos víctimas de la libertad de Italia.

Cuando en 1849 verificó Garibaldi su célebre retirada de Roma, siguióle en su triste campaña Angelo Bonnetti, conocido por Ciceruacchio, acompañado de su hijo, niño de 13 años. Hechos prisioneros con otros varios soldados, por los croatas, en las orillas de Po de Gnocia, después de separarse del general con ánimo de penetrar en Venecia, fueron conducidos ante el jefe del destacamento, quien ordenó la inmediata muerte de todos los prisioneros, sin exceptuar al niño Lorenzo Bonnetti. Esta bárbara sentencia fué ejecutada el 9 de agosto de 1849.

El autor de este grupo ha estado verdaderamente inspirado en su obra. La actitud noblemente fiera de Angelo y la muy simpática de su hijo, que al parecer quiere desviar los proyectiles dirigidos á su padre, interesan doblemente á cuantos conocen la historia de esos dos mártires, que dieron la vida por la independencia de su patria.

LA PERSECUCION, cuadro por A. Conadam

Esta persecucion no es la de Diocleciano, ni mucho ménos; pero no deja de ser molesta. Es mucho empeño el de ese figuron que no deja á sol ni á sombra á nuestras lindas jóvenes.

No hay mujer alguna que se ofenda porque un hombre la haga blanco de sus galanterías; pero de ésto á encontrárselo hasta en la sopa, como quien dice, hay una distancia inmensa.

Además, el perseguidor no es ciertamente cruel como el Diocleciano de la historia; pero tampoco tiene sus gracias, entre ellas la de ser emperador, que es una de las gracias más graciosas que puede tener un hombre á los ojos de una mujer. Al contrario, es semi-viejo, semi-obeso y parece semi-tonto. Con tales circunstancias no es de extrañar que su presencia cause un semi-enojo á otra de las damiselas, sentimiento que el pintor ha reproducido con tanto acierto como la petulancia del impertinente galanteador.

El gran Condé la vispera de la batalla de Rocroy, cuadro por Bida

Fatal en sumo grado fué para España el reinado de Felipe IV, ó mejor dicho el de su valido Gaspar Guzman de Pimentel, conde-duque de Olivares. Miétras el rey, olvidado de sus deberes de toda clase, corria tras las comediantas por los bosquecillos del Retiro, el conde-duque debilitaba el poder en el interior y le malquistaba en el extranjero con las primeras potencias de Europa.

Entónces perdimos la famosa batalla de Rocroy, librada el 19 de mayo de 1643, y ganada por el jefe del ejército francés, Luis II, duque de Enghien y príncipe de Condé, á la temprana edad de 22 años.

Este general, que comparte con Turena la fama de ser el primer táctico de su tiempo, casó con una sobrina del cardenal Richelieu, á quien debió, no sin justicia, los grandes adelantos que tempranamente hizo en su carrera.

La vispera de la batalla de Rocroy, Luis de Condé, como Juan de Austria ántes de empeñar la batalla de Lepanto, puesto al frente de su ejército, imploró la proteccion del cielo para Francia; escena conmovedora, llena de grandeza, que Bida ha trasladado al lienzo con singular talento, siquiera sea de deplorar que el héroe de la jornada aparezca en el segundo término de la composicion.

LA DUENDE

I

Si el duende es femenino, ¿cómo se ha de llamar? La duende, con permiso de la Academia.

Porque la verídica historia que vamos á referir, acaecida en el pueblo de Carabanchel, tiene por protagonista un duende del sexo bello.

—Duendes y trasgos en el siglo XIX! ¡Estupendo anacronismo y aventura inverosímil!—dirá escandalizado algun espíritu fuerte, de esos que no creen en el diablo y creen en las mesas giratorias y en los mediums parlantes y flamantes.

Paciencia, lector caro, que hasta el fin nadie es dichoso. La historia tiene sus fueros y debemos respetar los fueros de la historia.

II

No he podido averiguar el año, el mes y el día en que Tomás Fernandez, el joven más rico y guapo de Carabanchel, vió morir en la flor de su edad á Tomasa Perez, su dulce cónyuge y querida prima; pero es lo cierto que enviudó Tomás, quedando dueño de su libre albedrío, de su florida juventud y de algunos miles de renta.

Aunque joven, rico y libre, se aburría como un lord, y, mitigados los recuerdos de su Tomasa, volvió á pensar con las sabrosas dichas del santo matrimonio. Las personas graves del lugar querian enderezar sus pasos por tales senderos; mas la estadística de las pollas aptas para contraer el lazo bendito no arrojaba más que dos nombres: María, la hija del alcalde, y Pepa, la sobrina del cura. Las demás no eran dignas de la mano de Tomás.

La hija de la autoridad civil tenia más soberbia que un Czar de todas las Rusias ántes de la aparicion del nihilismo, sin estar su belleza y su capital á la altura de su soberbia. La sobrina de la autoridad eclesiástica parecia tímida como una gacela, y, aunque su rostro era angelical, no respondian sus intereses económicos á sus primores estéticos. Entre las dos candidaturas la eleccion no era difícil: Pepa valia más que María.

Esto mismo recapacitaba Tomás Fernandez en los ocios de su viudez.

III

Una tarde, sentado con otros jóvenes á la puerta del herrador, discurría acerca de los solaces é inconvenientes del Himeneo. Como no le habia ido mal

con su difunta Tomasa, se manifestaba dispuesto á cargar otra vez con la cruz del matrimonio. Sólo le retraía de dar el paso fatal un escrúpulo asaz extraño: temia recibir unas calabazas. ¡El, la primera potencia, joven, guapo, rico y viudo, ser desdeñado por cualquier potencia de segundo ó tercer orden! Despues de largas disquisiciones sobre el tema conyugal, concluyó el orador su discurso de esta manera:

—Nada, amigos míos: la soledad es mala consejera. Dios no quiere que esté solo el hombre. Decia un viudo hipocritamente:

Rosa, mi fe, mi amor, mi vida entera,
desde que estás en la mansion del cielo,
la soledad tan solo es mi consuelo....
¡Y era la Soledad una bolera!

Yo no quiero soledades de esa laya. La Santa Madre Iglesia condena el celibato vicioso. Pero lo difícil es acertar cuál es la compañera mejor para el largo viaje.... Y dado caso que se acertara, ¿querrá la elegida acompañarnos en la peregrinacion? El hombre propone y la mujer dispone. El hombre se fija muchas veces en la desventura y está á su lado la felicidad, ocultándose pudorosa. Costumbres malas. ¿Por qué la mujer no ha de tener voz y voto en asunto de tan vital interés como su dicha? ¿Por qué la mujer no ha de buscar novio? Se me dirá que el pudor, la timidez, la castidad.... ¡Razones de pié de banco! ¡Preocupaciones!

El orador tosió, aplaudió el veterinario, los pollos corearon el aplauso, se enardeció Tomás y dió fin á su perorata con este rasgo de elocuencia:

—¡Abajo las trabas despóticas! Yo juro no casarme sino con aquella que se sirva hacerme una declaracion en regla. La isla de San Balandran es una utopia realizable. ¡Viva la isla de San Balandran!

Burla burlando dijo tal vez esas cosas nuestro héroe, pero se creyó que hablaba muy en serio. No volvió á decir á ninguna joven «buenos ojos tienes», y, asegurando á todo Carabanchel que el casarse es una carga llevadera, no se detuvo á buscar, ni siquiera á indicar, la persona que podia ayudarle á llevar la carga. Y con un perro y un criado siguió viviendo en su casa, entre los hastíos de su soledad y los goces de su independenciam.

Desde que prometió no casarse sino *sub conditio-*ne, hizo dos curiosas observaciones: 1.ª que María, la del alcalde, estaba más expresiva y afectuosa que nunca; y 2.ª que Pepa, la del cura, estaba más seria y reservada que ántes. Esto es, todo lo contrario de lo que él deseaba. Así es el mundo.

IV

Vivia Tomás en una casa antiquísima, lindante con la parroquial. Antaño formaron las dos una sola.

El dormitorio del joven estaba precedido de una sala extensa, adornada con muebles viejos, sillas contemporáneas de Godoy, una escopeta medio rota, un cuadro de San Antonio asaltado por tentadoras visiones, y un armonium en que la difunta tocó más de una vez *El último pensamiento*....

El joven viudo, aunque tenia cerca á su encantadora Pepa, no la veía. Ni balcon, ni ventana ni orificio alguno ponía en comunicacion á los vecinos. La vecindad hacia así más triste la soledad del joven.

Pensando en las vecinas guapas, se acostó una noche de Otoño. Las brisas frescas jugueteaban en los árboles ya escasos de hojas y las estrellas pestañeaban en las alturas. Zar, el perro de Tomás, dormía al pié de su lecho. El criado en una habitacion próxima á la puerta de la calle. Vaporosas imaginaciones flotaban en el ambiente. Profundo silencio dominaba en la aldea.

Y Tomás no lograba conciliar el sueño. De pronto, notas vagas, misteriosas, cruzaron la sala y se esparcieron suaves por el dormitorio.

Eran las armonías del *Ultimo Pensamiento*. —¿Quién está ahí?—gritó, saltando de la cama el joven....

Y llegó al piano, y no vió sombra alguna ni sintió pasos de nadie. ¡El armonium, solo, tocaba el *Ultimo Pensamiento*!...

Acordándose de Tomasa, de Pepa, de los duendes, de las hadas, de los sueños del amor y del arte... Tomás volvió á su cama y siguió despierto. Así estuvo, en vela, hasta que la estrella de la mañana le mandó dormir.

Y se durmió.
¡Soñando que se casaba!

V

A la noche siguiente, el sueño se apoderó fácilmente de Tomás. Necesitaba descanso.

Las estrellas no pestañeaban, aunque se lamentaban los aires de andar sueltos por los campos. Niebla densa entenebrecia á Carabanchel.

Sonaron las doce, ¡hora de los espectros! No se oyó la voz del armonium: se oyó el ladrido de Zar.

¿Qué ocurría?
Fosfóricas luces vagaban por la sala y enviaban sus pálidos reflejos hasta el dormitorio; una sombra, blanca y alta, discurría con pasos callados por la casa de Tomás...

Este se levantó y con precauciones parecidas al miedo llegó hasta la sala.

¿Qué vió?
Un espectro envuelto en blanquísimo sudario; un cuerpo largo como un álamo y un rostro pálido como un muerto.... Los ojos brillaban como luciérnagas.

Se oyó un gemido, las luces se apagaron, la sombra se desvaneció, y Tomás, entre curioso y asustado, retrocedió á su cama. Zar temblaba como el Czar de las Rusias.

El joven no dió parte, ni á su criado, de aquel extraño acontecimiento. Cargó la vieja escopeta; registró el armonium buscando el resorte misterioso que le hacia tocar; inspeccionó los rincones todos de aquellos aposentos sin encontrar secreto alguno; cerró, al venir la noche, la puerta que comunicaba la sala con lo restante de la casa; puso al lado de su cama un sable inconmensurable, de su tatarabuelo; y se apercebíó á acometer ó perseguir la temerosa aventura. Un duende en nuestros dias (porque esto acaeció no ha muchos años) es cosa digna de escribirse y dibujarse en la *Ilustracion Artística*.

Tantæ molis erat....

VI

Pasaron algunas noches sin novedad. Llegó una, oscura como boca de lobo. A las doce en punto hirieron los oídos de Tomás ruido lúgubre de cadenas, ayes lastimeros y ladridos alarmantes.

El perro habia sentido al fantasma. El joven, que dormía vestido esperando la nocturna visita, cogió el sable y la escopeta y se dispuso á entrar en la sala contigua, teatro de aquellas escenas pavorosas.

Pero ántes de que se moviera del lecho, la vision dibujó sus contornos en la puerta del dormitorio. Parecia una sombra blanca esclarecida por la luz de las estrellas.

—¿Quién eres?—preguntó Tomás, con mezcla de temor y de vergüenza.

—Yo,—contestó una voz dulcemente femenina. —¿Qué buscas?

—A mi marido.
—¡Tu marido! Pues ¿cómo te llamas?

—¡Tomasa!... ¡Ingrato! Me has olvidado por la hija del Alcalde.

—¡Yo!...
—¡Tú! ¡Olvidarme por María! No mereces perdón... ¡Una coqueta!

—Te engañas: yo no te olvido nunca. ¡Si fuera por otra!

—¿Y quién es ella? Te prohibo en absoluto que me elijas semejante heredera.

—Nunca. Esa sucesora seria indigna de tí! Tendrás otra....

—¿Cuál? No hay más que una... ¡Pepa!

Al oír estas palabras, Tomás saltó del lecho. Huyó el fantasma. Las luces y ruidos cesaron. Ladró el perro. Y... en el momento crítico en que la vision se desvanecia, filtrándose por la pared, el joven cojió un extremo del vestido que la envolvía... y un grito, un ruego, el llanto de una mujer le detuvieron....

Pepa, la sobrina del cura, estaba á sus piés de rodillas.

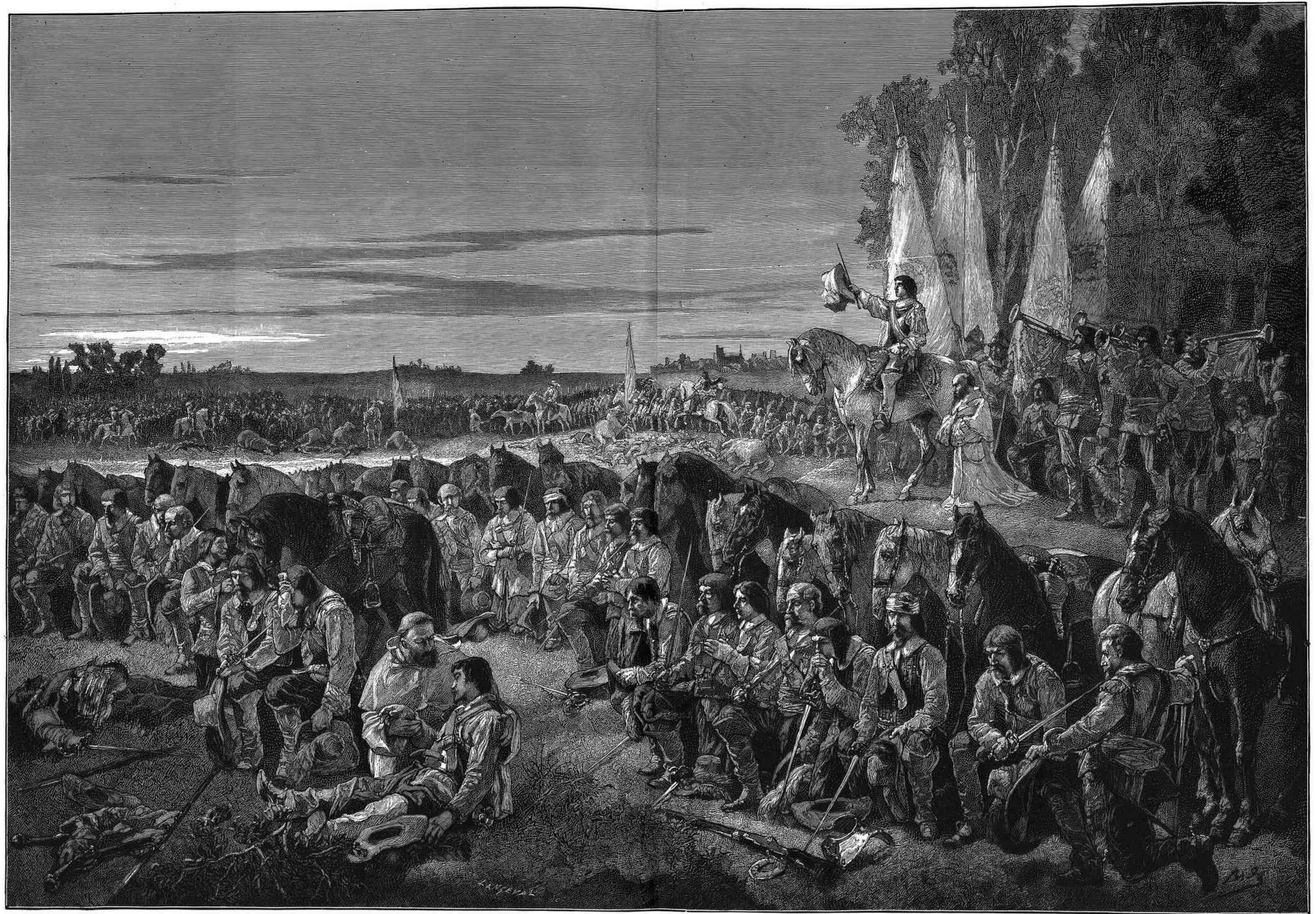
Tomás le dió un abrazo; oyó de sus labios la balbuciente confesion de su amor; le juró amor cual el suyo vivo y eterno; le prometió casarse con ella en breve plazo; la acompañó hasta la puerta secreta, oculta por el cuadro de las tentaciones de San Antonio, y se volvió á su cama soñando con las huries de Mahoma y con todas las mujeres más bellas, á las cuales vencia en bondad y hermosura—segun opinion del enamorado—la sobrina del cura de Carabanchel.

Mis últimas noticias son que Tomás y Pepa se casaron y fueron felices hasta cierto punto; porque sólo llega hasta cierto punto la mundana felicidad.

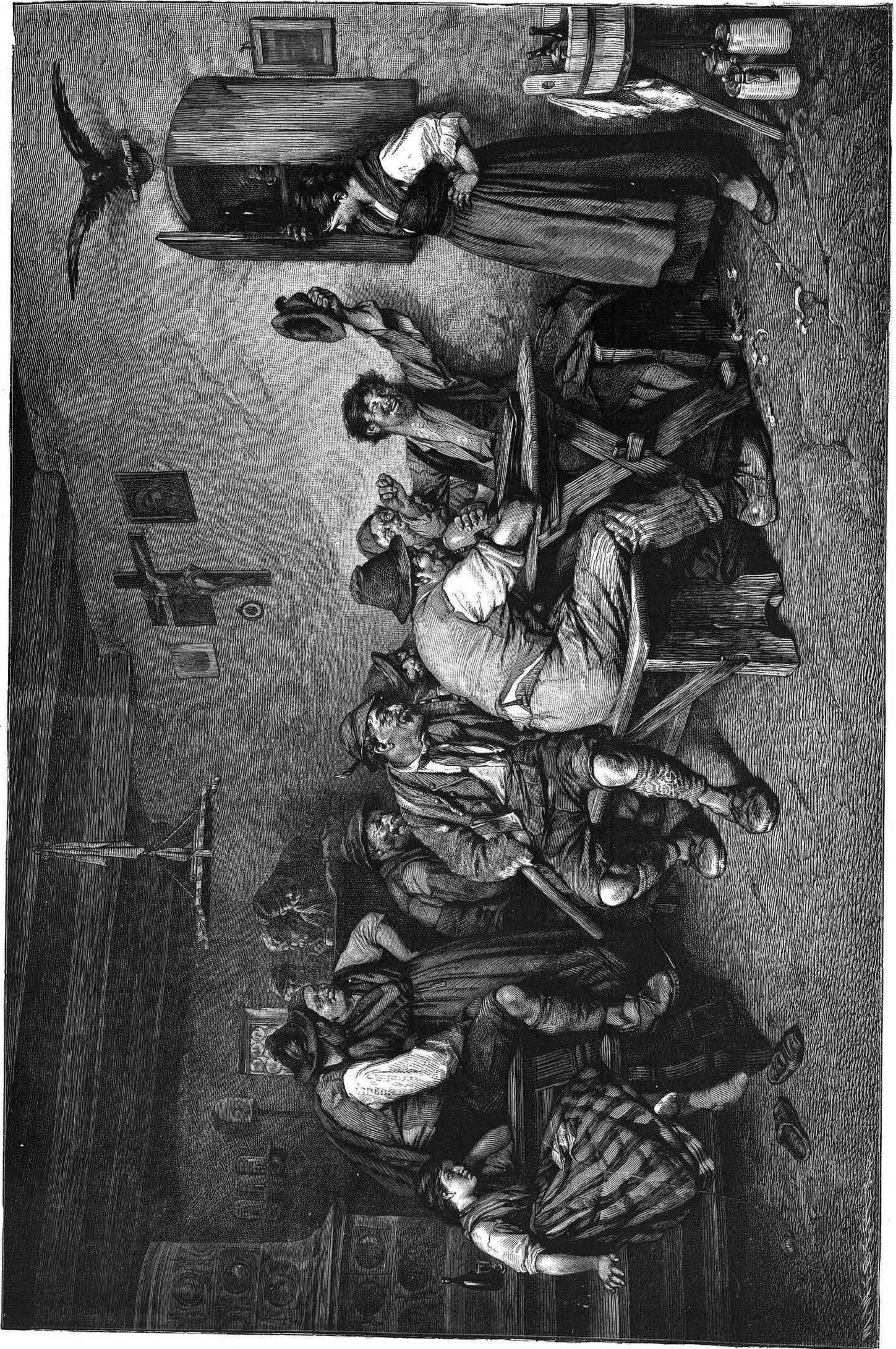
JOSÉ ORTEGA MUNILLA



PLACERES DEL CAMPO



EL GRAN CONDÉ LA VÍSPERA DE LA BATALLA DE ROCROY, DIBUJO POR M. BIDA



ALLEGRILO ESTÁ...

DESPUES DE MUERTO

POR DON VICENTE COLORADO

I

Erase que se era un hombre de hasta treinta y nueve años de edad, lacio de carnes, angosto de pecho, largo de cara y de extremada estatura.

La color de su rostro, la estructura de sus manos y la agilidad seca y pronta de sus movimientos, denotaban en él un hombre de temperamento nervioso, acrecentado por la pobreza de su sangre y una idiosincrasia biliosa, como ahora se dice, que le tenían en una constante irritabilidad y humor de todos los diablos.

Llámase D. Pablo Gil de las Encinas, y al decir de la cédula personal, era de estado casado y propietario de profesion lo cual quiere decir que carecía de ella.

Pero á quien Dios no le da profesion, la ociosidad le da manías, y D. Pablo Gil de las Encinas, estaba dominado por una que no le daba punto de reposo.

La manía de D. Pablo era la higiene.

Porque es de saber que desde el punto y hora en que naciera, su temperamento linfático-nervioso-bilioso, no le dejó vivir, crecer y desarrollarse con salud perfecta en época alguna de su vida, como á primera vista lo dicen y delatan largos costurones de escrófulas, multitud de cisuras de sanguijuelas y su enteca, enclenque y encanijada figura.

Esta debilidad y pobreza de su constitucion orgánica cosieronle en su infancia y juventud á las faldas de su señora madre, de las cuales se desprendió para pasar á las de su buena esposa, sin haber visitado escuela, instituto ni universidad algunos, y sin haber frecuentado el trato de los hombres en casinos, ateneos, cafés y otros lugares.

El mimo y la excesiva tolerancia con que le criara su madre, hicieron de D. Pablo un carácter duro, antojadizo y violento, el cual contrastaba grandemente con el apacible y tímido de Carmen, que así se llamaba su mujer.

No podía sufrir contrariedades, gustando ser obedecido á la primera palabra, al primer gesto; indicando las cosas con una mirada y las ideas más complejas con un monosílabo y á veces con un quejido.

Como todos los monomaníacos era profundamente egoísta, sacrificando, sin remordimiento alguno, á cuantos seres tenía á su alrededor, al más pequeño de sus deseos y caprichos.

Su irritabilidad moral le producía graves y dolorosas crisis, las cuales terminaban siempre por largos ataques de catalepsia que le dejaban como muerto.

—En uno de estos se queda V. sin marido; habian dicho en varias ocasiones los médicos á la mujer de D. Pablo.

Estos accidentes ahondaron más su monomanía por la higiene, avivando al mismo tiempo su aprehension y temor á la muerte; dándole ocasion y motivo para ser más exigente y martirizar más á su sabor á su mujer y á su hija, pobres seres esclavos de aquel temperamento.

—No os quejeis nunca delante de mí aunque os esteis muriendo; no me deis jamás noticias tristes aunque se hunda el mundo; sólo quiero oír risas y palabras alegres. ¿Habeis entendido?

Doña Carmen suspiraba y Pilar su hija, quedaba muda y pensativa.

—¿Parece que os complacéis en llevarme la contraria! ¿Por qué poneis esas caras tan tristes? Tú, Carmen, ¿por qué suspiras? Pilar ¿por qué no hablas? ¡No se puede vivir con vosotras!

Y tiraba el libro de higiene contra el suelo, pateaba, lloraba y le daban convulsiones; y la madre y la hija, para calmarle, reian con una risa forzada que daba ganas de llorar y que á él le enfurecía lo que no es decible.

Un día se sentaron á comer, segun costumbre; el sitio de Pilar estaba vacío; doña Carmen tenía el rostro desencajado y en sus ojos las lágrimas habian dejado amargas huellas; sin embargo, reía y reía la buena señora haciendo una horrible y espantosa mueca.

—¿Y Pilar?

Doña Carmen no contestó.

—¿No come hoy con nosotros? ¿qué la pasa?

—No tiene apetito, susurró la madre haciendo grandes esfuerzos por contener los sollozos.

—Pues, si no quiere comer, que no coma; pero eso no es obstáculo para que ocupe su puesto. Ya sabeis que me exaspera la más pequeña falta en mis costumbres, y como todos los días la veo, no me aprovechará la comida si no viene. Anda, llámala; ve á buscarla; corre.

Doña Carmen no se movió.

—¿No me has oído?

—Sí, hombre, te he oído. Allá voy, allá voy; y no se movía.

—¿Eres tonta ó qué te pasa?

—No te incomodes; no te enfades. ¡Si no hay motivo para ello!

—¡Pilar! gritó Don Pablo con voz de trueno.

Llamó despues al criado.

—Diga usted á la señorita que venga, que venga al instante, que se lo mando yo.

—Pablo, ¡por Dios! no te acalores. Ya vendrá; ya vendrá; pero ahora, ahora, ahora no puede venir.

Y las lágrimas cayeron silenciosas de sus ojos.

—¿Por qué lloras?

—Si no lloro.

—¿Qué sucede?

—No sucede nada.

—¿Qué me ocultas?

—¡Yo ocultarte!.....

—¿Está enferma Pilar? Acaba. ¿Se ha muerto acaso? ¡Este solo disgusto me faltaba!

Doña Carmen no pudo contenerse por más tiempo y rompió en gemidos agudos, en tanto que su marido, golpeando la mesa con el puño y el suelo con los piés, rugía.

—¿Se ha muerto? ¿se ha muerto? ¡si no se puede vivir con vosotras! ¡si vais á matarme á desgracias!

—Dios no lo quiera! ¡pobre hija de mi alma! ¡Dios no lo quiera!

—¿Qué tiene?

—Se ha indispuerto.

—Pero ¿qué tiene?

—Está enferma.

—No te digo eso; te pregunto qué tiene? — Y cada vez iba D. Pablo dando gritos más fuertes.

—Una calentura, nada.

—¿La ha visto el médico?

—Sí, dijo inconscientemente doña Carmen.

—Y ¿qué ha dicho?

—A dicho.....

No se atrevía á terminar la frase.

—Concluye de una vez ¿qué ha dicho el médico?

—Nada; nada.

—Dí la verdad.

—Es sólo una calentura.

—Mientes, mientes; algo más te ha dicho.

—No miento.

—Júramelo por la salud de Pilar. ¿No contestas? ¿Lo ves como querias engañarme?

—Pues bien, ha dicho que tiene viruelas.

Don Pablo quedó aterrado.

—¡Viruelas! ¡Esto no puede seguir así! ¡Viruelas! ¡Ese mal es contagioso! Tenemos que alejarla, separarla de nuestro lado.

A doña Carmen se la habrian las entrañas de pena y se la encojía el corazon de pesadumbre; y lloraba, lloraba como una Magdalena.

—¡Hay que mandarla al hospital!

—¡A nuestra hija!

—Va á infestar la casa.

—Me marcharé con ella.

—¿Pensais dejarme solo? ¿Quieres dejarme morir como á un perro entre estas cuatro paredes? ¿No sabes que te necesito, que no sé hacer nada por mí mismo y que estoy delicado, muy delicado?

—¡Mi hija no vá al hospital; nadie la moverá de esta casa, de su habitacion, de su lecho!

La leona defendía á su cachorro.

—¡Eso es, ¡me abandonas! ¡nadie me quiere! ¡nadie puede verme! ¡nadie se interesa por mí! ¡Estoy solo en el mundo! solo, solo, solo.

Y ponía el grito en el cielo, los dedos se le crispaban, inyectábasele los ojos y retorciendo su cuerpo débil y flaco de arriba á bajo, de derecha á izquierda, golpeaba la cabeza contra las paredes como si estuviera loco.

—Yo, yo seré quien se marche de esta casa. No quiero veros, ni oiros, ni saber cosa alguna de vosotros. ¡Ah, mi madre, mi pobre madre! ¡Si ella viviera no me pasaria esto! ¿Por qué te conocí? ¿por qué me casé?

Se arrancó los cabellos á puñados, la espuma burbujeaba en su boca; tuvo un momento espantoso, pareció que iba á estallar su cólera abriéndose la carne y asomando los huesos á través de ella. Extendió los brazos, se enderezó rígido sobre las puntas de los piés, un calofrio intenso sacudió todos sus músculos, se acerraron sus nervios, y á poco, cayó en el suelo como cosa muerta cae.

—Un médico, un médico, gritó doña Carmen á los criados, que venga en seguida un médico; á escape.

II

La catalepsia semeja la muerte de tal modo que se confunde con ella. Parálizanse las funciones orgánicas, la inmovilidad endurece los músculos, se enfria la piel, las facciones toman aspecto cada- vérico y la respiracion se corta completamente.

Esta falsificacion á engañado á muchos hombres doctos y llevado al sepulcro á bastantes seres vivos.

Por regla general el cataléptico conserva su inteligencia y conocimiento enterándose de todo cuanto pasa y ocurre á su alrededor; es un sér vivo dentro de un cuerpo muerto. ¡Cuántos atacados han asistido á sus propios funerales, oído las lágrimas de sus parientes y amigos, la voz del sepulturero llamando á sus ayudantes para meterle en la fosa, y despues, el ruido de la tierra cayendo sobre la caja, la piedra cubriendo la tumba ó el golpe seco del ladrillo que va tapiando el nicho!

Cuando el médico llegó á la casa de D. Pablo, éste estaba ya en el lecho en donde le habian acostado despues de desnudarle.

Hizo un detenido reconocimiento del enfermo por espacio de media hora.

—¿Qué hay, doctor? no me oculte usted nada; decia á cada instante doña Carmen.

El doctor estaba sombrío y no decia palabra, siguiendo sus investigaciones con gran calma y reposo, tras de los cuales se escondian mil temores y sobresaltos.

—¿Vive? preguntaba doña Carmen.

—El caso es grave, muy grave.

Don Pablo, rígido é inmóvil, lo escuchaba todo; su pensamiento seguía el pensamiento del doctor con grandes angustias y amarguras. Al oír las últimas frases del médico, sintió como si una garra de infinitas uñas, largas y retorcidas, le arrancase de cuajo el alma y la arrojase lejos de su cuerpo, cayendo en el vacío.

—¡Dios mio! ¿tan grave está?

—Señora, en otras ocasiones he dicho á usted lo peligrosos que son estos ataques. Hay que estar dispuestos á todo.

Don Pablo oyendo esto se veía ya á sí mismo en la agonía; el miedo y la aprehension, le anticipaban, allá en su fantasía, el funesto desenlace que aún no habia llegado, y se creía muerto.

—Es preciso tener valor, señora.

—¡Ah, usted no me dice la verdad! ¡Mi Pablo ha muerto!

—No, no, señora; no ha muerto. Pero si dentro de cinco minutos el ataque no ha cedido, habrá que perder la esperanza de salvarlo.

El enfermo lo oía todo, todo; é iba devorando sílaba por sílaba como si bebiese plomo fundido.

El médico tomó algunas precauciones para favorecer la reaccion bienhechora.

—¡Ya ha pasado un minuto! decia toda acongojada doña Carmen mirando la esfera de un reloj.

—Dos minutos.

—Tres minutos. ¡Virgen santa, madre mia, ten piedad de nosotros!

Cuando Don Pablo oyó á su mujer que faltaban algunos segundos nada más para decidir de su vida ó su muerte ya su alma habia perdido las ideas de espacio, tiempo y relacion.

—¿Y bien, Doctor?

—Señora, todo es inútil; dentro de algunos instantes D. Pablo habrá dejado de existir.

Estas últimas palabras las oyó todavía clara y distintamente el enfermo, el cual, al penetrarse de su significado, sintió desvanecerse el ánimo en una nada de sombras frias y mudas, sin límite ni término; y como si la muerte consistiera en el aniquilamiento conscio del sér se vió á sí mismo aniquilado..... y perdió el conocimiento.

El muerto se habia desmayado.

III

Despues de haber cedido el ataque, el desmayo se prolongó largo tiempo. El médico, sospechando que la debilidad le habia amodorrado y rendido, hizo que se le abrigara y dejase solo, recomendando el silencio y el descanso.

—¿Duerme? preguntó doña Carmen.

—Sí; dijo el doctor para abreviar explicaciones; y despues que hubo visitado á Pilar y extendido algunas recetas, se volvió á su casa.

IV

Cuando Don Pablo recobró el conocimiento estaba solo en su cuarto; miró y no vió.

Ya fuese efecto del ataque ó ya del estado moral de su espíritu ó de ambas cosas á la par, lo cierto de ello es que sus sentimientos y sentidos se habian embotado y que su inteligencia discurría confusamente.

—¡Me he muerto!—pensó, al recobrar el conocimiento y se quedó como en éxtasis algunos minutos, trascurridos los cuales, ordenó sus ideas dándose cuenta de su situacion y estado.

—Lo recuerdo perfectamente; acabo de morir hace un instante, y, sin embargo, recuerdo, muerto

y todo, el tiempo que he vivido, cuántas cosas en mi existencia he hecho, los seres que he amado, el mundo que dejo, mis padres, mi mujer, mi hija, mis posesiones, mis amigos, biblioteca, viajes y costumbres, todo, todo lo recuerdo.

Y como si estas frases fuesen varios sumandos que tratara él mismo de reunir en una cantidad ó producto total, concluyó diciendo:

—La muerte es recordar.

Tan convencido estaba de este pensamiento que la tranquilidad y la calma más absolutas se apoderaron de su espíritu y se abandonó al no ser, sin protestas ni resistencias de ningún género; no menos convencido estaba Don Quijote de que la venta era castillo, los molinos gigantes y los apacibles rebaños de ovejas, formidables ejércitos armados de todas armas.

Poco á poco sus sentidos fueron recobrando su habitual lucidez; abrió los ojos y en medio de las sombras distinguió confusamente su habitación en la cual se encontraba; sus manos palparon, y por la impresión que en todo el cuerpo sentía, adquirió el convencimiento de que se hallaba acostado; sus oídos atentos, percibieron esa multitud de rumores que llenan los lugares más silenciosos.

—Cualquiera diría que estoy vivo, se dijo; y persuadido de que todo podía ser menos esto:— El alma es inmortal y eterna, continuó pensando, y al desprenderse del cuerpo conserva, por lo visto, sus facultades de igual suerte y con mayor vida que cuando habitaba en la tierra. Ahora comprendo por qué se ha dicho que el sueño es hermano de la muerte. Dormido el cuerpo, el alma recobra su imperio, y como si fuera realidad, continúa su interrumpida existencia dando cuerpo y vida á los seres y á las cosas que la imaginación forja.

El que duerme, y dormido sueña, oye ruidos que no hay, gusta manjares que no come, vé lugares que no existen, aspira aromas que no se exhalan, palpa objetos que no toca; anda y no tiene movimiento, habla y no tiene voz, se duele del golpe que recibe y ni el dolor ni el golpe existen; el hombre, en sus sueños, ama y odia con la misma intensidad que despierto, es cobarde y valiente, es héroe ó asesino, rico ó pobre, feliz ó desgraciado, imbécil ó genio.....Y lo más sorprendente de todo esto, no es lo que ve ó lo que piensa, lo que siente ó lo que hace, lo que quiere ó lo que dice, sino que, como si aquel sueño fuera su sola vida, pierde la conciencia de la verdadera y teme el despertar de igual modo que una vez despierto, teme el morir.

Estos fenómenos prodigiosos del sueño y de la

vigilia, cuyas causas y leyes no conocemos, se manifiestan, á lo que observo, en el alma después de que el cuerpo ha dejado de existir, con igual semejanza y parecido que en el sueño y que en la vida, de tal suerte que si no estuviera convencido de que he muerto, pensaría que estoy vivo.

Y como corolario de todas estas premisas en las cuales creía á piés juntillos concluyó diciendo:

nuestro espíritu á la racionalidad, es decir, á buscar lazos y conexiones de lo múltiple con lo uno. Y así como el desequilibrio ó falta de ponderación de estas leyes, que rigen la existencia de los cuerpos naturales, produce una perturbación en el orden material, de que son eco y manifestación las tormentas y cataclismos del cielo y de la tierra; la ausencia de esta solidaridad de nuestra vida, la falta de la memoria acusa un desequilibrio en el orden



CICERUACCHIO, grupo escultórico por Héctor Ximenes

—La muerte es soñar.
Y satisfecho, tranquilo y resignado, saltó de la cama, se vistió, abrió el balcon y, echándose de codos sobre la barandilla, murmuró.
—Soñemos.

(Continuará)

ASOCIACION DE IDEAS

Tantum scimus quantum memoriam habemus

Para dar enlace y continuidad á nuestros pensamientos, á nuestros afectos, emociones, proyectos é ideas, á toda nuestra vida interior nos valemos de la memoria. Revela ésta la persistencia é identidad de nuestro ser personal en medio de las distintas dimensiones del tiempo (el antes, el ahora y el después) y traduce en serie enlazada y ordenada la memoria lo ya sucedido por el recuerdo, lo que actualmente acontece por la conciencia efectiva de ello, y lo que sucederá por la prevision. Recuerdo de lo pasado, conciencia efectiva de lo presente y prevision de lo porvenir (pues que vivimos en un presente lleno del pasado y preñado de lo porvenir, según la hermosa frase de Leibniz), son momentos distintos de una misma función espiritual, la que encamina sus esfuerzos á enlazar solidariamente nuestros recuerdos de lo pasado con nuestras esperanzas en lo porvenir, constituyendo de este modo la personalidad en centro, al cual convergen las enseñanzas que se recogen de lo que fué, con las advertencias que hemos de tener en cuenta para lo que será.

Tomada en este amplio sentido la memoria es la expresión de nuestra racionalidad en el tiempo ó el medio de que nos valemos para acentuar lógicamente el sello de nuestra personalidad en el curso vertiginoso de los sucesos, dando unidad á lo múltiple ó reuniendo la multiplicidad en lo uno, es decir, incorporando el pasado con el porvenir en el presente. Con esta delicada y trabajosa urdimbre traza el individuo su vida y realiza la especie su historia, pudiendo por lo mismo afirmarse que la memoria es la historia del individuo y que la historia es la memoria de la especie. Esta ley de la solidaridad moral, que se traduce en la memoria, se corresponde con la de la atracción universal de los cuerpos en el orden material, pues de igual modo que se atraen los cuerpos desde el átomo imperceptible por su afinidad química hasta el astro inconmensurable por su gravitación, se enlazan las ideas unas con otras en un parentesco más ó menos próximo por virtud de la tendencia ingénita en

espiritual, de que son eco y manifestación la manía, la locura y la imbecilidad, tormentas y cataclismos del cielo y de la tierra de este mundo moral, cuyas afinidades con el natural asombran y maravillan cuanto más diligentemente se estudian y observan. Toda perturbación mental va acompañada siempre de la pérdida parcial ó total de la memoria (amnesia), pues implica, con el olvido de lo pasado, resorte indispensable de nuestra vida, la pérdida de la conciencia de nuestra personalidad.

Queda en efecto el desmemoriado á riesgo y ventura de la última impresión que recibe, sin que pueda, enajenado de sí, encauzar su iniciativa en los sucesos, que le circundan, que no domina, sino que le avasallan y arrastran. Se convierte entonces el hombre, que necesita vivir tanto de recuerdos de lo pasado como de esperanzas de lo porvenir, en juguete y siervo de alucinaciones maníacas, que no hallan correspondencia, ni acuerdo con lo que le rodea. La hipocondría, el instinto del misántropo, el aislamiento del maniático, la exaltación del visionario y la creación subjetiva y arbitraria de un mundo imaginario son otros tantos anuncios de los desarreglos totales ó parciales de la memoria, que engendran para el individuo la triste situación del que se halla solo en medio de la multitud y desterrado dentro del enjambre de las criaturas. Siempre son idénticos los efectos de la perturbación de la memoria. Proceda dicha perturbación de la pérdida del recuerdo (amnesia), de su exaltación (hiperemnesia) ó de su interrupción (lapsus); en uno y otro caso, dada la alteración del recuerdo, se perturba el don de la previsión. Como este representa la anticipación para lo futuro de la racionalidad de nuestra inteligencia (razón teórica) base de la racionalidad de nuestra vida (razón práctica), luego que se altera, malea ó perturba, trae consigo el desorden de nuestra vida y da lugar á errores y supersticiones, que sirven de rémora á la perfectibilidad del individuo y al progreso de la especie.

La múltiple variedad de los sucesos, que se producen con una rapidez vertiginosa, pasan y acontecen para el desmemoriado, sin que le sea posible establecer lazo entre ellos, y buscando tierra firme, siente desaparecer bajo sus pies toda base de sustentación. Se halla entonces el individuo en completo desacuerdo con el mundo que le rodea y en vez de esparcir y dilatar su personalidad, necesita recluírse en sí mismo, huir del medio que le cir-

cunda y asfixia y, cual si se encontrara en atmósfera contraria á su naturaleza (el hombre en el agua ó el pez en el aire), ha de fabricar por sí mismo un mundo de alucinaciones, que se traduce después en errores sin cuento y en tropiezos sin término.

Lo que acontece en tales casos es que la ley de la memoria denominada subjetiva, que asocia los estados interiores del espíritu, según determinadas relaciones, se ejercita sin correspondencia ni conformidad con la ley objetiva ó real, que tiene como base las conexiones de los objetos entre sí. Y al traducir interiormente por medio de lazos, conexiones y parentescos los estados ó impresiones de nuestro interior, sigue la exterioridad de los acontecimientos su orden inflexible y aquellos se convierten en alucinaciones, que agigantan su divorcio de la realidad de las cosas, centuplican el error y aumentan el desorden y perturbación de la mente. La ley subjetiva de la memoria, llamada también de la sugestión ó asociación de las ideas, ha sido elevada por algunos á principio fundamental de nuestra racionalidad (el asociacionismo inglés); pero la asimilación dinámica, en que consiste, vale y es legítima, en cuanto conforma con el orden real, que los sucesos tienen entre sí, mientras que si es guiada por relaciones frívolas, de apariencia y puramente formales es la causa ocasional de multitud de errores y aún de graves perturbaciones de nuestra racionalidad. Apenas si la ley de la sugestión puede exceder el fundamento en que se basa, es decir, la homogeneidad de estados presentes con otros que se recuerdan por su semejanza (la alegría que recuerda otros estados alegres) ó diferencia y contraste (el placer excesivo, que evoca por contraste el recuerdo de una pena indefinida).

Pero, como dice Locke, «cuando ideas que sólo tienen entre sí un lazo casual, se repiten una después de otra, se unen por el hábito en el espíritu y aún se estiman inseparables,» en lo cual se encuentra una fuente abundante de errores y supersticiones; porque relaciones frívolas y accidentales (contigüidad, semejanza de palabras etc.) se convierten en relaciones de causalidad y de semejanza reales.

Estas vanas asociaciones, de que ofrece ejemplos sobre todo la candidez irreflexiva de la inteligencia del niño y del hombre inculto, son las que engendran las supersticiones populares. Así, por ejemplo, designamos la idea

de Dios por palabras que implican cualidades humanas, llevadas á un último límite, y la fuerza del hábito identificadora, asocia el símbolo con la realidad en él significadora y por ende el simbolismo absorbe la realidad y la superstición sustituye al sentimiento religioso. Para no citar más que un ejemplo, la cebolla, que hace llorar al que la toca, fué entre los egipcios un emblema de la divinidad y aún adorada como tal. De igual manera los símbolos que representan plásticamente una verdad moral son tomados, merced á una asociación artificiosa, por la verdad misma. Símbolo de la hospitalidad y de la amistad, la sal entre los antiguos, se ha tomado después por la cosa misma y cuando se vierte el salero en la mesa, estiman algunos que es indicio de una gran desgracia, de que han de surgir odios y rencores. La conducta licenciosa (de un Tenorio, ó de un bandido legendario) acompañada de ciertos rasgos generosos se pone á veces por cima de una vida arreglada, porque á ésta se asocia cierta falta de buen tono.

Las falsas ideas, que son corrientes entre la generalidad, acerca de los cometas, de los eclipses, de fechas funestas (el núm. 13 por ejemplo), del encuentro con determinadas personas, de lugares en que ha ocurrido alguna desgracia, etc., son producidas por estas falsas asociaciones, en virtud de las cuales relaciones fortuitas de contigüidad en el tiempo ó en el espacio se convierten en relaciones de causalidad real. Entre ellas las más usuales son las asociaciones de simultaneidad, porque sólo requieren el ejercicio de la percepción sensible para producir el lazo entre dos ideas.

Para evitar estos errores es preciso labrar hondo y ríco en el fondo de nuestro espíritu por medio de la reflexión, observar con sinceridad, comparar con exactitud, recurrir una y otra vez á la experiencia, generalizar con gran prudencia, aspirar á percibir, en vez de estos lazos artificiosos, las relaciones esenciales entre las cosas; en una palabra, ejercitar la ley subjetiva de la sugestión de nuestros recuerdos en conformidad con la ley objetiva, que rige el enlace real de unos objetos con otros. Entonces y sólo entonces dejaremos de ser víctimas del error y de la superstición y convertiremos la memoria á su misión propia, que es la de expresar en la forma sucesiva del tiempo la racionalidad de nuestra inteligencia y por ende la de nuestra vida.

U. GONZALEZ SERRANO



LA PERSECUCION, cuadro por A. Conadam

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON